

RAÚL TOLA

TOOQUE
DE
QUEDA



CASA DE CARTÓN

TOQUE DE QUEDA

Raúl Tola

TOQUE DE QUEDA



CASA DE CARTÓN

© Raúl Tola Pedraglio, 2014.

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2014.

© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales Eclipsa, 2014.

Editorial Casa de Cartón

editorial@casadcarton.es

www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2014

ISBN: 978-84-943027-0-1

Depósito Legal: M-27558-2014

Printed in Spain

Imprenta Print House

Ninguna guerra es guerra
hasta que un hombre
mata a su hermano.

EMIR KUSTURICA

Índice

Punta Hermosa.....	11
Reemplazo.....	13
Eleazar López, ídolo del pueblo	17
El sobre.....	21
La víspera	25
Roxi espera	29
Las cenizas de mamá	33
La garza blanca	37
Toque de queda	43
Paciente en casa	49
El veterano	51
La chica de la posada	55
Los últimos invitados	59
El método.....	63
Una canción para el negro	67
Criaturas irracionales	71
Todo va a salir bien, Lucía	75

Punta Hermosa

No había más que sombras dentro de la casa. Las ventanas estaban tapiadas con gruesos tablones de madera que impedían el paso de la luz, y ningún foco funcionaba. Tendría que visitar la municipalidad a primera hora y cancelar los recibos vencidos.

Hacía años que nadie entraba. El interior olía a polvo y a encierro. Antonio dejó la gorra, y sobre la camiseta y los bermudas, se enfundó un overol muy gastado, lleno de manchas de grasa y quemaduras. Buscó con una linterna en las habitaciones, hasta que encontró la caja de herramientas bajo el lavatorio del baño de servicio. Le tomó toda la tarde desmontar los tablones de madera de las ventanas, cargarlos entre bufidos y amontonarlos en el patio interior.

Cuando terminó ya era de noche, había sudado mucho y estaba cansado. Dejó el overol, la camiseta y los bermudas sobre la vieja mesa del comedor y de su maletín sacó una toalla. Saltó a la arena y caminó hasta la orilla. Quien lo hubiera visto en esas trazas lo habría confundido con un loco gordo y solitario, que caminaba en calzoncillos por la playa. Pero era invierno y Punta Hermosa estaba vacía.

Admiró la bahía con la luna derramando su chorro de leche sobre las aguas oscuras, la franja iluminada del malecón, el perfil de ballena de la isla. Todos los veranos de su infancia los había pasado allí, y hacia donde mirara encontraba recuerdos. Solía permanecer horas en el agua, corriendo a pecho las olas que reventaban contra la orilla con los demás chicos de su edad. Por la noche jugaban a las escondidas o armaban una fogata, y aprendían a fumar, a tomar cerveza y a besarse con las chicas.

Solo aguantó una rápida zambullida en esas aguas tan frías. Salió tiritando, recogió la toalla, la sacudió y se envolvió como un fardo. Pudo ver la casa desde la playa, con su tosca escalera de piedras redondas, sus grandes ventanas empañadas por la brisa, sus paredes descascaradas y cruzadas por rajaduras, y su techo de paja apelmazada y podrida. Lo mejor sería tirarla y construir una nueva, pensó. Al menos el terreno era grande y quedaba en primera fila, frente al mar. Sus hijos podrían recibir una buena plata.

Tuvo que cambiarse a tuestas con lo primero que encontró en el maletín: el pantalón del chándal gris, la camiseta de su equipo de fútbol, las sandalias. En el fondo palpó el metal del revólver. Encendió su celular y encontró dos mensajes en su correo de voz. El primero era de su hijo menor:

—Hola, papá. Quería decirte que todos estamos tan sorprendidos como tú, no terminamos de entender qué pasó. No dejes de llamarme si necesitas algo, por favor. Lo que sea, ¿ok?

Antonio borró el mensaje y escuchó el siguiente. Guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y sacó a la terraza el *cooler*, el maletín y una silla desplegable. Destapó la primera lata de cerveza con un chasquido y, con los pies apoyados en el muro de la entrada, sorbió el primer rastro de espuma que asomó por el canto.

—Salud —dijo, antes de tomar un sorbo largo y meditado—: Hija de puta.

Reemplazo

Engancha en tercera y frena en el semáforo en rojo de la avenida Benavides. Abrocha los botones de su camisa blanca y se ajusta el nudo de la corbata. Sube el volumen de la radio. Cuando la luz cambia, acelera y adelanta a un par de autos. Recibe una llamada al celular y se estaciona para contestarla. Oye una voz de mujer:

—¿Hola?

—¿Aló, Jaime?

—¿Quién es?

—¿Eres tú, Jaime? ¿Quién habla?

Cuelga, cierra la ventanilla y aumenta la calefacción. Mucho mejor, piensa, y se reconforta sintiendo las ráfagas de aire tibio. A esta hora los transeúntes parecen volver apurados a sus casas, envueltos en abrigos y chalinas, rezumando cuando respiran. Los zapatos están un poco justos, el cuello de la camisa le resulta ancho y el pantalón le aprieta. El teléfono timbra de nuevo:

—¿Aló?

—Por favor, se cortó la comunicación. Estoy llamando al teléfono de mi esposo, todo el día he tratado de ubicarlo...

Vuelve a colgar.

Llega a casa y abre el portón del garaje con el mando a distancia. Estaciona junto a una camioneta azul, grande y musculosa. Cierra el portón, estira las piernas y los brazos, se abotona el saco y baja del auto. Descubre unas siluetas que lo espían desde el segundo piso y que de pronto desaparecen.

Camina por el sendero empedrado hasta la puerta principal, la empuja.

La casa está en tinieblas. Encuentra un larguísimo pasillo desde donde emerge la escalera de caracol y se abren dos habitaciones similares. La primera tiene una televisión muy grande que cuelga de la pared, dos muebles de tres cuerpos y tres sillas, todo forrado con el mismo tapiz carmesí. La otra es una sala de música, con un sillón reclinable, una docena de cojines, un estéreo con grandes parlantes y una chimenea de mármol amarillo apagada. Para escuchar música, los invitados deberían tomar asiento en la alfombra y acomodarse sobre los cojines.

Atraviesa el pasillo encendiendo las luces de la casa. Llega a la cocina. Abre metódicamente todos los cajones, la puerta del horno y la refrigeradora. Recoge, destapa y toma agua de una botella de *Evian*. A punto de salir, descubre al labrador negro que corre hacia él a toda prisa desde los confines del jardín. Lo deja venir hasta que está muy cerca, y cuando está por entrar, cierra de un golpe. El perro se estrella contra la puerta falsa de la cocina: araña, ladra y gruñe furioso.

Acerca su mano al cristal de la mampara y lo acaricia con cariño, lo que pone todavía más furioso al labrador negro, que salta y golpea la puerta con ferocidad. Le da la espalda y sale de la cocina.

Llega al final de las escaleras. La casa parece vacía, pero en un estar descubre un azafate con comida y una televisión encendida, que transmite una película romántica.

Apaga la televisión, recoge el azafate, lo deja sobre una mesa y va al cuarto de los chicos. Las camas están destendidas, como si alguien los hubiera sacado mientras dormían. Acomoda los cubrecamas y las almohadas, y camina hacia el dormitorio principal.

Antes, se detiene en el baño. Se quita el saco y lo cuelga de un gancho que asoma en la pared. Se lava la cara y luego se perfuma con una de las colonias que hacen fila junto al lavatorio. Encuentra algunas piezas de lencería secándose en el travesaño de la cortina de la ducha: un calzón, unos sujetadores y unas medias de seda.

Quiere abrir la puerta del dormitorio, pero la manija tiene puesto el seguro. Oye un lamento que proviene del otro lado, y los susurros de una mujer. Siente el bombeo de su corazón en las sienas, y otra vez intenta abrir la puerta, forzándola con mayor energía. El llanto de los chicos se desata, oye sus sollozos y su desesperación. No puede controlarse, se desespera, golpea la puerta con el hombro:

—Sandra, Sandra —dice—. Por favor, Sandra.

Retrocede unos pasos. Toma carrera, se lanza y derriba la puerta con estrépito. Aterriza sobre el suelo, con un dolor en el brazo derecho. Se levanta.

La habitación está iluminada por una luz rojiza, que proviene de una lámpara de noche. La mujer, en el suelo con sus dos hijos, tiembla y llora apoyándose en la cama. Está muy descompuesta, con los pelos revueltos y los ojos hinchados. Los niños también lucen muy alterados: el menor trata de esconderse entre las faldas de su madre, y el mayor, que es asmático, resuella sonoramente y con dificultad, y tiene las mejillas muy coloradas.

—Tranquilos —les dice—. No pasa nada.

Sus palabras no consiguen serenarlos. Parecen animales acorralados, que se arrastran en dirección contraria a donde está él, pero se encuentran con la pared, y no pueden retroceder más. Los niños se ocultan tras el cuerpo de su madre.

—Calma, no tengan miedo.

Extiende una mano hacia Sandra. Roza el cerquillo desordenado que esconde parte de su frente y lo acomoda. Acaricia sus mejillas, pero de pronto ella hace aparecer una tijera, y le lanza una estocada. No puede evitar que lo corte. Suelta un insulto, retira la mano y se aprieta la herida. Sandra se pone de pie blandiendo las tijeras.

—¿Qué te pasa? —le dice—. ¿Qué tienes?

Sandra se le abalanza. Logra esquivarla sin dificultad. La hace tropezar y caer al suelo. Pisa su mano derecha, hasta que suelta la tijera, y luego la noquea con una patada en la boca. Ahora ella yace en el suelo sin sentido, mientras los niños la contemplan, espantados.

—Tranquilos —les dice con voz suave—. Ya pasó todo.

Ambos permanecen mudos y temblando. Él aprovecha el silencio para conversar con ellos. Inicia el diálogo preguntándoles sus nombres.

Eleazar López, ídolo del pueblo

La corriente de placer se convirtió en un gemido. El agua cayó en su melena ensortijada, chorreó por su rostro, alcanzó el cuello y se perdió en su maciza humanidad.

Eleazar se restregó los ojos y se despejó los pelos de la frente. Mientras se enjabonaba (la panza, las axilas, el pubis, los pies, otra vez las axilas), cantó bajito para no molestar a los demás huéspedes. Luego se lavó el pelo.

Cuando terminó de enjabonarse apoyó ambas manos en la pared de azulejos, puso la mente en blanco y se relajó bajo el chorro tibio. Pronto el timbre del teléfono lo devolvió al mundo.

Eleazar apagó la ducha, se envolvió con una toalla, caminó por la habitación salpicando el piso y contestó:

—Buenos tardes.

—¿Eleazar?

—Sí, soy yo, buenas tardes, ¿quién llama?

—Con Eleazar López, por favor. Estoy llamando desde Lima.

—Soy yo, buenos días. ¿Quién es?

—Hola, mi amor, soy Rosita.

—Hola, chiquita, qué lindo oírte, qué linda sorpresa, no me la esperaba.

—¿Cómo has estado, mi amor? ¿Cómo te ha ido? Acá te extrañamos mucho, no sabes.

—Estoy bien, chiquita, muy bien. Me estaba duchando, en un ratito pasan por mí.

—Suenas un poco raro, Eleazar. ¿Estás bien?

—Debe ser la larga distancia, Rosita, los teléfonos cada vez están peor.

—No, Eleazar, no es eso... No habrás estado tomando, ¿no?

Eleazar se pasó una mano por la cabeza, se sentó en la cama:

—Un par de cervecitas, nomás, en el almuerzo con los chicos, Rosita...

—Pero, Eleazar...

—No fue nada, Rosita, solo dos cervecitas. Te juro. Estaba almorzando con los muchachos y me entró sed.

—Eleazar...

—Solo unas cervecitas, en serio. ¿Cómo están los niños? ¿Cómo está el Richard? ¿Belinda? ¿Cómo están?

—Hoy llamó de nuevo, Eleazar.

—¿Cómo?

—Otra vez llamó. A la casa. Levanté el teléfono y era ella. De nuevo. A mi casa.

—¿Cuándo?

—Hoy por la mañana, Eleazar. No dijo nada, solo preguntó por ti. Quería hablar contigo.

—¿Qué le dijiste?

—Que no estabas, claro. ¿Qué más, si no?

—Está bien, Rosita, solamente preguntaba.

—Esta casa es tuya y mía y de nadie más, Eleazar, que te quede claro. No quiero que nadie más se meta acá, no. Lo que tú hagas cuando estás de gira es tu problema, pero acá tienes una casa que es tuya y mía y de nadie más, ¿entiendes?

Eleazar permaneció en silencio, oyendo por un minuto la estática que reemplazaba al silencio de su esposa en el teléfono.

—Rosita.

—Dime, Eleazar.

—Ya me tengo que ir. Ahorita vienen por mí.

—Claro. Suerte pues.

Estuvo a punto de dar las gracias, pero oyó un chasquido y luego el tono de ocupado. Se puso de pie y se secó lo más rápido que pudo. Abrió el maletín de deporte y escogió la camisa de seda verde brillante y los zapatos y el pantalón blancos. Antes de enjoyarse se peinó con mucho gel. Apretó la melena a ambos lados, contuvo los rulos que chisporroteaban sobre su frente y en la nuca y estiró la coleta. Luego adornó su pecho con varias cadenas de oro, una cruz maciza y una

enorme «E» con piedras preciosas, y se llenó las manos de anillos, además del matrimonial, que no se quitaba ni para dormir. Al final se lavó los dientes e hizo las gárgaras que le habían prescrito para prolongar la supervivencia de su frágil y amarga voz.

Entonces llamaron a la puerta. Eleazar, la camioneta te espera. Imaginó el vehículo que se movía por milagro, con sus músicos dentro, haciendo bromas, fumando, mascando chicle. Abrió la puerta, saludó a su representante, recibió la botella de ron, dio un trago, tosió, lanzó un escupitajo rosado al suelo y volvió a ser Eleazar López, ídolo del pueblo.

